

PINGAZOS Y TURFITOS SOLO SON COMPLEMENTOS

Transcurridos varios años desde la implementación de “Pingazos” y “Turfitos” se puede concluir que fue una política con objetivos más ambiciosos que los resultados que arrojó. A esta altura debe observarse que el esquema necesita ajustes de manera urgente.

Máxime cuando el presidente de la Lotería de Buenos Aires, Matías Lanusse, exhibiendo una vez más un total desconocimiento de la hípica y su falta de apego a la razón, las plantea como una solución.

El funcionario o no ve los números o en forma deliberada apuesta a herramientas de baja utilidad para seguir endilgando a la hípica su crisis, al mismo tiempo que elude su responsabilidad como titular del organismo de aplicación y administrador del Hipódromo de La Plata.

Las agencias de lotería porteñas y bonaerenses con recepción de apuestas hípcas deben entenderse como un complemento de las tradicionales y nunca como sustitutas.

Las razones no son caprichosas ni de apreciación sino que está demostrado en los números. Sobran los ejemplos: el sábado 17 de febrero hubo carreras en el Hipódromo de La Plata y la recaudación fue de \$ 9.572.477. Al día siguiente con reunión en el mismo escenario se vendieron \$ 7.034.811, lo que significa una estrepitosa caída de 26%. Esta misma cuenta puede verificarse cualquier fin de semana de cualquier mes de cualquier año.

Esto obedece a que la mayoría de los Pingazos no abre, al igual que los Turfito de la ciudad de Buenos Aires, donde no quedó ninguna hípica salvo la que funciona en el Hipódromo de Palermo.

Por ende semana a semana se repite la pérdida de recursos por culpa de la gestión del Estado que equivocó el camino y no lo corrige.

Las agencias de lotería tienen al turf como una caja adicional de segundo orden y en consecuencia no resultan un lugar de interés para el aficionado que habitualmente pasa un buen rato siguiendo “LA REUNION”. El turf no es un sorteo sobre el que uno apuesta y se va. Todo lo contrario es “UNA REUNION” con toda la idiosincrasia que eso conlleva y que por ende lo hace rentable.

Quienes desean pasar un par de horas o más para ver la resolución de una cadena, de un tripló o de una cuaterna, no

cuentan con comodidades mínimas: una silla, un café, una gaseosa, un vaso de agua... o ¡UN BAÑO!

Pero además para “gozar” de todas estas incomodidades se debe abonar un impuesto de 10% sobre la apuesta a realizar. Demencial porque desde el Estado se continúa favoreciendo al juego clandestino. Es verdad que la actividad no se puso de acuerdo para quitarlo pero de allí cabe preguntarse porque no lo hizo la lotería bonaerense bajo las atribuciones que le competen.

Para seguir agregando puntos los aficionados de turf son relegados claramente al momento de realizar su apuesta. Las bocas de expendio en Pingazos y Turfitos se comparten con los otros juegos y por ende el agenciero siempre privilegia a un jugador de quiniela cuya comisión promedio es de 20%.

Pero además, de no abrir los domingos, los hípcos son arreados de estos los locales en las últimas carreras de cada día porque obviamente los agencieros “tienen que cerrar” ya que “su negocio”, la quiniela, finalizó. Y al otro día hay que abrir a las 8 porque a las 10 viene el primer sorteo.

Para seguir añadiendo puntos en contra ahora aparece lo peor: si a un aficionado le toca acertar más o menos un dinero importante, la agencia de lotería no cuenta con el efectivo para pagarle y lo obliga a trasladarse a los hipódromos para cobrar.

Si este esquema es el que se plantea como solución; no perdamos el tiempo... vámonos directamente...

Para contar la película completa, es verdad que muchas agencias hípcas se abrieron pensando en un negocio posterior (slots como los bingos) y luego frente a la imposibilidad de llevarlo a cabo cerraron, pero hoy es necesario repensar el esquema y propiciar la apertura de salas acorde con las actuales circunstancias y que la red de Pingazos sólo sea un brazo auxiliar en aquellas zonas cuyo beneficio sea explícito.

Es evidente que hay formas de conseguir recursos genuinos la duda es por qué siempre se elige el camino incorrecto. Seguir insistiendo con políticas que lejos de traer beneficios profundizan los problemas habilita la duda de cuáles son los reales intereses que se persiguen.

DEL EDITOR